

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

¡Arráncame la risa!



Ángeles Mastretta es una fuerza de la naturaleza. Atenido a mi cuidadosa formación aeronáutica, yo me presenté a tomar mi aerotransporte de

AVIACSA a la hora correcta, es decir, faltando un minuto para el despegue, las señoritas de la puerta me miraron cual si fuera yo un reo de alta peligrosidad a quien tuvieran que transportar contra su voluntad.

Entré a la aeronave y ya estaba ahí Ángeles entregada a múltiples tareas. La primera y más urgente: la de maldecirme, pero con esa dulce delicadeza con la que maldicen las mujeres italianas. No cesó en su perorata hasta que se cercioró de que quedaba yo sentado junto a ella. Para lograr esto, tuvo que remover a un muy amable señor yucateco que, según nos informó, se dedicaba a dar mantenimiento y a arreglar, de ser preciso, las máquinas que fabrican tostadas. Había sido llamado a Tuxtla con urgencia porque, al parecer, ahí se había presentado, como en el resto del mundo, una crisis de la tostada que él habría de remediar. Como es de suponerse, la Mastretta ya lo tenía totalmente seducido y por eso, cuando le ordenó que abandonara su asiento para cedérmelo a mí, él, sin chistar, se levantó y se fue

a otro sitio. ¡Niño!, me dijo La Poblanita, yo no pensé que hubiera alguien más impuntual que yo... ¿Qué te pasa?, lo que ocurre es que yo soy hombre de mundo, ya soy cobija muy meada y sé a qué hora debo presentarme para que nadie pierda tiempo. Establecido esto, nos lanzamos fervorosamente a la plática. A los dos nos encanta la guáguara y cualquier tiempo es insuficiente para todo lo que nos queremos contar. Además, mientras platicamos, Ángeles se dedica a corregir mi escaso peinado, a acomodarme bien el cuello de la camisa, a que guarde mi talón del boleto que traigo engarfiado en una mano. Soy como su hijo el limítrofe y con esa tierna paciencia me trata. Cuando menos lo esperábamos, el avión llegó a Tuxtla Gutiérrez. ¡Bravo!

Me voy a permitir comunicarles mi muy personal opinión sobre la capital de Chiapas. Tuxtla Gutiérrez es una ciudad francamente fea. Me aterra que toda la República se esté poniendo gris. Sin embargo, los habitantes de Tuxtla tan sonrientes, tan amables, tan coloridos, tan bailadores, le dan a la ciudad la belleza que la arquitectura pretendió negarle. Era miércoles por la tarde y en el "Parque de la Marimba" el bullicio alcanzaba puntos muy altos. Yo tenía ganas de bailar, pero mis invencibles pudores me impidieron solicitarle la pieza a La Poblanita.

Después nuestros amabilísimos guías nos llevaron hasta el lugar donde una glorieta marcaba, por así decirlo, el fin de la ciudad. Con el tiempo y el aumento de los automotores, esa glorieta se convirtió en un trágico sitio donde apachurraban tuxtlecocos que era un contento. Un buen día

la quitaron y algún alma intrépida diseñó y construyó un paso para peatones que a Ángeles la dejó subyugada.

La noche había caído y nosotros nos encaminábamos rumbo al mirador que permite ver la luna, las estrellas, las luces de la ciudad y los encendidos ojos de una mujer. Previsiblemente ese mirador tiene un nombre que Jaime Sabines, amablemente y sin saberlo, prestó. Se llama "Los Amorosos" y ahí acuden todos los enamorados de Tuxtla, por lo menos, todos los que tienen o pueden conseguir un coche.

El lugar y el nombre del lugar nos recordaron casi de golpe el motivo de nuestra visita: Jaime Sabines. Hoy jueves a las siete saltaremos Ángeles y yo a la palestra a hacer nuestro memorial de Jaime. Sabemos que estaremos rodeados por la familia de Sabines, por sus amigos y por sus admiradores, así es que habrá que tener cuidado con lo que decimos. Hoy en el Congreso local fue colocado el nombre de Jaime con letras de oro. Ya nos conformamos con que las nuestras sean de un aluminio presentable. Ya les contaré. HOY TOCA.

**¿QUÉ TAL DURMIÓ?
MDXI (1511)
MONTIEL.**

Cualquier correspondencia con esta tuxtleca columna, favor de dirigirla a german@plazadelangel.com.mx (D.R.)

